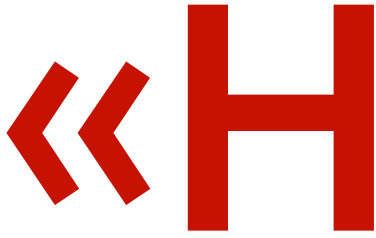


Ángel Moreno

Capellán del monasterio cisterciense
de Buenafuente del Sistol

A photograph of a priest, Ángel Moreno, performing a Mass. He is wearing green vestments with a white stole and is holding a host (Eucharist) in his hands, looking down at it. The background is a large, ornate window with a blue and gold pattern. A microphone is visible on the right side of the altar.

«El Crucificado es el más bello de los hombres»



ijo, difícilmente se interpretan de manera positiva las huellas del dolor y del sufrimiento, las heridas de la vida. Y, sin embargo, cuando pasa el tiempo, cabe reconocer que donde está tu herida está tu don, porque a uno lo hieren por donde es más sensible». Escucho la voz del hermano con delicadeza, mientras una mariposa reposa su cansancio a escasos milímetros de su sandalia. Es media tarde en el monasterio cisterciense de Santa María de Buenafuente del Sistol, una localidad perteneciente al municipio de Olmeda de Cobeta, en la provincia de Guadalajara. El aire huele a primavera. Como el susurro de una nana sosegada, de fondo, se advierte el cántico de los pájaros. Una melodía armonizada por el rumor de un manantial de agua viva que, desde hace 800 años, no ha dejado de correr. Y ahí me quedo, en el alma de quien me abraza, plenamente consciente de que, dentro de su ser, hay morada para Dios.

El padre **Ángel Moreno**, capellán del convento, me recibe en la puerta del mismo. Antes de rezar, compartimos heridas, fe y sensibilidad. Lo hacemos mientras nuestro andar va recorriendo las 14 estaciones del vía crucis que rodea este precioso escenario. La decimoquinta está en lo alto del monte. Es mi preferida, la de la Resurrección. Así que, como atrio purificador, le prometo alcanzarla con él tras nuestro encuentro. «Tú ya conoces este hogar de silencio y soledad, y él también te conoce a ti», me cuenta sonriente, mientras señala

el pueblo que nos cobija. «Después, cuando terminemos este rato, volvemos a recorrerlo juntos».

La voz del sacerdote es música callada, refugio donde el corazón de Dios alza, a cada instante, su vuelo. Su palabra es inmensidad, brisa y ternura. Y su mirada es el sosiego que enriquece a quien le mira, amanecer profundo donde el eco nace a solas del poema, armonía en el fragor de mil batallas que hoy reposan —junto al brasero— su sentir. El padre Ángel, nacido en Trillo (Guadalajara) hace 75 años, es sacerdote de la diócesis de Sigüenza-Guadalajara, donde desarrolla su ministerio como capellán del monasterio de Buenafuente, párroco de diversos pueblos del Alto Tajo y vicario episcopal para los Institutos de Vida Consagrada. Además, es escritor, poeta y misionero de la Misericordia. Un ministerio que, tras cumplir las bodas de oro sacerdotales, lleva encarnado en sus entrañas. Solo hace falta esculpir tus manos a la estela de su oración para comprobar cómo la Palabra de Dios se hace pan en el desierto cuando solo queda la intemperie...

—Muchos saben de usted pero, quizá, pocos le conocen desde dentro. ¿Quién es Ángel Moreno?

—Soy un rastreador del mundo interior, sensible a la realidad y a los acontecimientos como portadores providentes. Un enamorado de la Palabra de Dios, conducido por ella, necesitado de expresar el alma y obediente a la historia, a la vez que ofrezco el atisbo de luz en el horizonte.

—Está a punto de celebrar 52 años como sacerdote. ¿Cómo late su corazón cuando consagra, día tras día, el Cuerpo y la Sangre de Cristo?

—Es un misterio que me parece mentira y me sobrepasa. ¿Cómo es posible que una palabra humana, y que una mediación tan humana como

uno se percibe, pueda transformar la materia en el Misterio que lo realiza? Es que, cuando el Señor da la ráfaga de su presencia, te quedas totalmente K.O.

—¿Y cómo hace para conservar ese amor primero de su niñez?

—Si uno no cuida realmente el acercarse al altar, el altar te expulsa. No puedes manipular el altar. Y el altar tiene tanta fuerza que, como no seas respetuoso con él, en las manos se te ponen el hielo y el fuego, y él te expulsa.

—Ha celebrado las bodas de oro acompañando vidas, procesos y soledades como capellán del monasterio cisterciense de Buenafuente del Sistol. Aquí, en este hogar de silencio y contemplación... ¿es posible escuchar la voz de Dios?

—La paz del corazón se deja sentir cuando se actúa según Dios. El silencio es pedagogía para acallar las voces exteriores y adentrarse en la que se escucha más adentro. Un ejercicio permanente es el de adentrarse de manera atenta para escuchar los gemidos interiores, sentir las mociones consoladoras, anclar el corazón en la esperanza, gritar, si es preciso, auxilio, al cielo. Esperar, esperar y esperar, antes de echarse a la cuneta, y confiar siempre en la misericordia.

—E inmerso en esta misericordia que le habita, ¿en qué latido se escribe su historia personal, a 800 años de vida del monasterio que ahora preserva como custodio junto al Padre?

—En los primeros años de ministerio en esta zona rural, aislada y envejecida, cuando percibía la soledad del hombre de hoy, sentí la llamada de abrir este lugar de Buenafuente a la acogida para ofrecer silencio, naturaleza, oración y pobreza compartidos. Mi vida ha sido fraguada por la interacción de las personas que se han cruzado en mi vida. A mí me han hecho los demás. Y Dios es siempre

más. Es providente, conduce a su pueblo y merece confianza. Dios es fiel.

—Detrás de todas sus palabras, deja caer un silencio habitado. El silencio es, a menudo, el lugar en el que Dios nos espera, nos habita, nos sana. En esa soledad que Él fecunda de amor con su presencia, ¿cómo le vive y le acaricia usted? ¿Se puede, incluso, hasta tocar?

—No se debe provocar la experiencia, sí se debe esperar el encuentro, para cuando Él quiera, como Él quiera.

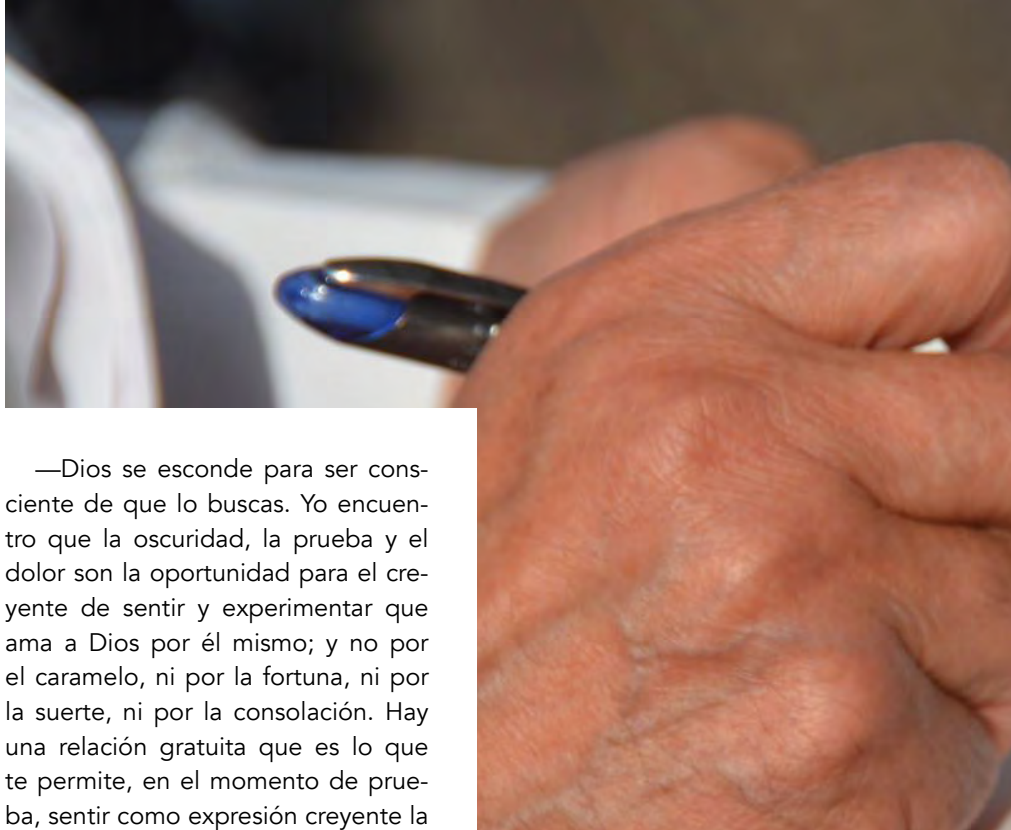
—¿Y, cuando sucede?

—Se sella el alma. El suelo firme del creyente es la experiencia del amor de Dios, la certeza de su acompañamiento; la seguridad de que no se le oculta nuestra andadura. Él nos mira, nos espera, nos acompaña de manera discreta, y espera a que lleguemos al límite de nuestras autonomías, para dejarnos ver su mano tendida. El amor de Dios, se vuelve amor a Él, pero es más seguro el amor que Él me tiene, que el que yo le pueda ofrecer. Uno queda envuelto, sumergido, habitado, como de una atmósfera, de la presencia divina, invisible, pero real.

—Y cuando brota la aparente ausencia de Dios y, ante nuestra mirada, «esconde su rostro» (Sal 44, 25); o cuando nos preguntamos «¿dónde está nuestro Dios?» (Sal 115, 2), porque no le sentimos cerca en momentos de tribulación, ¿por qué calla? ¿Es posible que a Dios se le conozca en su silencio?

—Es el gran reto de la fe, la prueba de la consolidación del creyente. Es la oportunidad de devolver a Dios gratuitamente la relación de amor, a pesar de no sentir, de sentir dolor, prueba, desgracia.

—¿Y por qué, a veces, cuando más duele la fe, parece que Dios se esconde?



—Dios se esconde para ser consciente de que lo buscas. Yo encuentro que la oscuridad, la prueba y el dolor son la oportunidad para el creyente de sentir y experimentar que ama a Dios por él mismo; y no por el caramelo, ni por la fortuna, ni por la suerte, ni por la consolación. Hay una relación gratuita que es lo que te permite, en el momento de prueba, sentir como expresión creyente la gratuidad de la fe.

—¿Lo hace, tal vez, porque espera que le despertemos?

—Sí, incluso hablan de que, a veces, como pasa en la cuestión médica, te duermen para operarte. Entonces, esa especie de silencio suyo es que está aconteciendo un barrunte de novedad y de luz. La clave pascual es muy importante: la pasión, la muerte y la sepultura son verdad, pero tienen posibilidad de sentido porque resucita el Señor.

—¿En eso consiste el amor?

—El amor es un gesto gratuito, una opción gratuita. Uno descubre lo que es el amor a medida que va viviendo todas las dimensiones del mismo: el eros, la filia y el ágape. El ágape es sereno, tranquilo, sin medida y sin cuenta. Los otros amores no son malos, pero te das cuenta de la diferencia esencial que los separa. El eros te atrae y te polariza, te da ansiedad. La filia te deja en una compensación, en una limitación de presencia, de ser tú él y él tú. Mientras que el ágape es de una libertad y de una serenidad que hay que haber vivido, quizá, lo otro, para entender lo que significa ese amor que Dios quiere para ti.

—Dice mucho que «la belleza es la entrega total de la persona por amor».

—Así es, por eso el Crucificado es el más bello de los hombres, por ese amor entregado. Sin duda, la belleza es la entrega total de la persona por amor. Quien ama, sabe que lleva un marchamo de autenticidad que es el sufrimiento. Sufrimiento sin amor es terrible. Pero el dolor es una clave para encontrar una experiencia de plenitud, porque es la entrega total de uno mismo al otro. Y es lo que hace posible que el sufrimiento demuestre que hay amor... Porque, a veces, parece que a uno lo hieren por donde es más sensible...

—Entonces, ¿donde está la herida está el don?

—Es que el sufrimiento tiene una razón de ser. No es masoquismo, es un enamorado. ¡Tanto amó Dios al mundo! Además, incluso exegéticamente, para comprender la cruz, hay que leerlo en la clave de las Bodas de Caná. Y las Bodas de Caná hay que leerlas en la clave de la muerte del Señor, porque donde este Esposo entrega su cuerpo y su sangre en el lecho nupcial es en la muerte en cruz.



—Es que, si no, no se entendería este Misterio, ¿no?

—Claro. Que estemos nosotros ante un crucificado, sería una aberración. Seríamos enfermos. Estar dando culto a un crucificado es de enfermos. Ahora, mirar a un enamorado que es capaz de dar la vida por amor a ti, te deja mudo, sordo y ciego. Por eso, esa filología de la adoración: que es un sometimiento no servil y no esclavo, sino un rendirse por amor, porque amas. Porque, ante una persona que quieres, no tienes una sensación servil y humillante; al revés, te da ocasión para hacer el gesto más atrevido y más rendido.

—¿Incluso aunque no recibas nada?

—Exacto. Pero porque lo amas. En eso consiste el Amor: no en que nosotros amemos a Dios, sino en que Él nos ama.

—Al leerle y al escucharle, intuyo que, detrás de la adoración que lleva a cabo en todo lo que vive y siente, hay un universo de preocupación, súplica e intemperie. ¿Es necesario pasar por la noche oscura para besar la gloria de la Resurrección?

—Ahí está el salterio, que todos los sentimientos humanos, incluso hasta la blasfemia, es oración. Porque significa que crees en Dios, aunque sea para insultarle. El indiferente no lo invoca ni lo maldice. Ahora, el que reniega, el que grita e, incluso, blasfema, está lanzando un grito de auxilio y desesperación.

—Con su oración en la Cruz «Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27, 46) Jesús hace suyo ese grito de la humanidad que sufre por la aparente ausencia de Dios, y lleva este grito al corazón del Padre. Orar así, en esta última soledad, junto con toda la humanidad, ¿nos abre el corazón de Dios?

—Asumir en la oración el grito de la humanidad es un ministerio contemplativo que protagonizan los eremitas. Siempre me ayudó la interpretación de las vigiliat nocturnas de los orantes, que se levantan como hacen los padres cuando lloran sus hijos pequeños, y se tiran de la cama para consolarlos. Los orantes nocturnos rezan para que el hombre no lllore. Es un ejercicio gratuito. Quizá nunca se sepa a quién le ayudó la ofrenda, pero nada se pierde. El orante siente su fecundidad en la oración por todos. «Este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por su pueblo». Y adorar es someterse al otro por amor...

—¿Adoración, sometimiento y amor pueden escribirse en el mismo pentagrama?

—Me iluminó mucho la exégesis del Papa Benedicto XVI, que ofreció en la Misa de clausura de la JMJ de Colonia, cuando él, como maestro y sabio, parte del término «adoración» en griego y de su significado literal, que es sometimiento, actitud costosa a nuestra naturaleza. Pero, desde el término latino, la adoración significa

bese, boca a boca. Si unimos los significados, nos sometemos enamorados, nos rendimos por amor; no de manera humillante, despersonalizada, sino todo lo contrario.

—¿Es el movimiento que, tal vez, más personaliza desde la fe?

—Absolutamente. Hoy día, son muchos los que descubren cómo fortalece, acompaña y anima estar un tiempo en adoración. Es tiempo de dejarse hacer, barro en manos del alfarero.

—Decía san Juan de Ávila, en su Tratado del Amor de Dios (14, 544), que «la mejor prenda que tenía te dejó cuando subió allá, que fue el palio de su carne preciosa en memoria de su amor»... ¿Es importante la mística del cuidado desde la mirada de un santo como este hasta el corazón de un sacerdote como usted?

—La corporeidad es la relación más inmediata con la naturaleza humana de Jesús. Me sobrecoge saber que llevamos la túnica del Primogénito, la que la Virgen María entregó al Verbo de Dios, cuando nació en Belén, y al pie de la Cruz. La túnica sin costura es nuestra carne débil. No llegamos a comprender hasta qué extremos hemos sido hechos semejantes al Hijo de Dios.

—En 10 de febrero de 2016 fue nombrado por el Papa Francisco misionero de la Misericordia, para ser enviado como «signo de la solicitud materna de la Iglesia por el Pueblo de Dios» y para que sea «anunciador de la alegría del perdón». ¿Qué supone para usted ser mediación visible de las entrañas de Cristo?

—Yo digo que soy el beneficiario. Es decir, me permite dar lo que he recibido. Me impresionaron tanto las palabras que nos dijo el Papa Francisco a los misioneros: «Id con la manta para cubrir la desnudez y la vergüenza del pecador, y no vayáis con el mazo



del juicio». Se refería a aquellos hijos de Noé que, viendo borracho y desnudo a su padre, tomaron una manta y, avanzando de espaldas, cubrieron la desnudez de su padre para que recuperase la dignidad. «Eso tenéis que ser vosotros, misioneros. No seáis jueces, no llevéis mazo, la vergüenza es suficiente arrepentimiento». Yo me quedé alucinado. De tal manera que, cuando llegué aquí, empecé a tirar de la manta (que digo yo), y me encontré una belleza en La Biblia sobre lo que significa la túnica, el vestido, el manto... El manto con el que nos cubre Dios es la humanidad de Cristo. Tú y yo nos parecemos al Primogénito porque somos muy humanos.

—Débiles, pero profundamente humanos...

—El Dios hecho materia, para que la materia se divinice.

—¿Es el poema de esperanza mejor escrito del mundo?

—Si es que Dios está grogui por el hombre, está profundamente enamorado de su hijo.

—¿Hasta el punto de llorar por su pueblo?

—Vemos en Cristo que Él llora. Y, por tanto, en Cristo las lágrimas fueron expresión de cariño, de afecto, de amor, de soledad, de tristeza... Y, por tanto, Dios en Jesús nos ha demostrado esas lágrimas compasivas, misericordiosas y afectivas.

—«Roto y entero». ¿Qué significa este lema para usted?

—El misterio de la Eucaristía... La Eucaristía es donde encuentro yo ese misterio roto y entero. Tardé 25 años en descubrirlo. Eucaristía en sus manos, con el pan roto y partido, entero al mismo tiempo, quien se nos da es Jesucristo. Yo, muchas veces, pensé que era un lema sacerdotal suficientemente expresivo, y resulta que partirse se parte mucho la gente. Ahora, romperse y permanecer entero, se-

reno, confiado, presente y amoroso, eso es un misterio. Y lo vemos en personas en momentos de duelo, que permanecen ahí, como María al pie de la cruz, rotas y enteras.

—Entonces, el dolor, aunque muchas veces no se entienda, ¿tiene sentido?

—El dolor es redentor, aunque la persona no sepa ofrecerlo o, incluso, lo padezca con impaciencia. Y ningún dolor se pierde. No olvides eso nunca, hermano. Ningún dolor se pierde...

—Tras más de 50 años entregados en cuerpo y alma a Dios y a la humanidad como sacerdote, a pesar de todos los cansancios, las horas gastadas y la ascesis de los días más difíciles, ¿todo ha merecido la pena?

—Me parece un sueño lo que me ha acontecido. He aprendido que el ayer está en la misericordia divina y que el futuro está en manos de Dios. Me toca vivir este momento. Si miro hacia atrás y sumo, me puedo sentir más o menos héroe sin razón, porque el salario lo lleva el Señor. Si miro hacia el futuro, me puedo someter a una sombra injusta, porque no tengo certeza de que sucederá como imagino. Por tanto, anclo mi mente y mi oración en la expresión que tantas veces me ha salvado: «Hágase tu voluntad». No desearía otra cosa. También me impresiona la expresión teresiana: «No me castigéis, Señor, en concederme lo que yo os pido, si no es lo que vuestro amor desea». Por tanto, digo: «Aquí estoy, hágase tu voluntad». Y, cuando lo rezo, sé que no hago chantaje a Dios. Tan solo guardo silencio y me abandono por entero a sus brazos... ●

Carlos González García

🐦 @charlywriter_